

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 108.—1.º de Setiembre de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## LA CARIDAD EN CATALUÑA (\*).

### IV.

#### *Escuelas Dominicales.*

El genio investigador, el afán de progreso, que se aplica á todos los ramos del saber humano y á todas las necesidades de la vida civilizada, siendo uno de los caracteres distintivos del siglo actual, no podia dejar en desdeñoso olvido al ejercicio de la caridad. Abrazando esta un campo tan estenso como es el de *hacer bien á nuestros semejantes*, presenta tambien vasta materia en que las personas benéficas pueden dar utilísima expansion á sus generosos sentimientos.

Antiguamente la caridad solia reducirse en general á la limosna, al hospicio y al hospital, que son las fórmulas mas elementales y vulgares de la beneficencia. Pero el espíritu de esta trabaja incessantemente y á esos trabajos se deben nuevas instituciones para favorecer á los desvalidos, nuevos remedios para necesidades que antes pasaban desapercibidas, nuevas é ingeniosas combinaciones para popularizar y hacer simpática la práctica del bien y para desarrollar lo que tiene de bello, de interesante y de consolador ese tierno precepto de Jesucristo: *Amar á nuestros prójimos*.

Fruto de estas tareas han sido las inclusas, las casas de maternidad, las salas de asilo, las escuelas de sordo-mudos, las casas de jóvenes arrepentidas, las colonias agrícolas, las Hermanitas de los

(\*) Véanse los números 86, 91 y 96.

pobres, el ensanche dado á la institucion de las Hermanas de la caridad, la asociacion de la Cruz Roja, y las diversas formas con que se fomenta la beneficencia domiciliaria. Si el siglo XIX ha sido fecundo en errores funestos, en inmoralidades y en desastres de todas clases, justo es consignar que este cuadro doloroso tiene un reverso consolador en los progresos que el siglo actual ha introducido en los diversos modos de practicar la caridad bien entendida.

Uno de esos progresos ha sido el popularizar la enseñanza. Aquella máxima evangélica de que *no solo de pan vive el hombre*, encierra una util advertencia para saber dar buena direccion á los sentimientos benéficos. Bueno, buenísimo es socorrer las necesidades materiales del cuerpo, pero no lo es menos el atender á las del espíritu y el sacar de las tinieblas peligrosas de la ignorancia á las personas sumidas en ellas. Y en esto, como en otras muchas cosas, aunque el progreso se haya desarrollado en nuestros dias, el consejo y el precepto eran ya antiguos, porque hace ya siglos que la Iglesia Católica designó entre la primera de las obras de misericordia, propias del cristiano, la de *enseñar al que no sabe*.

Pero al tratar de enseñanza, y especialmente de la primaria, y mas especialmente de la de las clases obreras, aunque todos admiten en teoría su notoria utilidad, no todos la ven posible, porque plantean un dilema que sería desconsolador si fuera insoluble.

En efecto; los obreros necesitan trabajar para mantenerse: esta necesidad es tan imperiosa, que lleva á los talleres á los jóvenes y á los niños, no solo como preparacion y aprendizaje industrial para su porvenir, sino como medio de aumentar el modesto presupuesto de ingresos de la familia obrera. Enviar, pues, los niños y jóvenes á las escuelas es quitarles del trabajo; y he aquí planteado un problema que parece poner en contradiccion la escuela con el taller.

Hombres ilustrados y generosos salieron al encuentro de esa dificultad y trataron de conciliar lo que parecia inconciliabile en la ruda dialéctica popular. El remedio fueron las *Escuelas dominicales*; es decir, dejar en su trabajo á los jóvenes obreros durante los seis dias laborales de la semana, y utilizar para la enseñanza algunas horas del descanso y del recreo del Domingo; que recreo hay en la primera instruccion, y descanso es el banco de la escuela para las fatigas corporales del trabajo material.

El pensamiento se ha planteado en varios puntos, pero lo ha sido principalmente en Barcelona, porque en aquel pueblo enérgico toda idea de mejora material y moral halla al momento apóstoles y prosélitos.

Una asociacion de personas ilustradas y benéficas de Barcelona

acometió la empresa, contando solo con los recursos de suscripciones particulares y sin mas auxilio oficial que el que generosamente otorga el Ayuntamiento, facilitando locales para las escuelas.

El ensayo de ellas se hizo en 1870, creando una en la calle de Amalia, y dió tan buenos resultados, que al año siguiente la Asociacion se organizó en mayor escala, se formaron legalmente sus estatutos y se plantearon nuevas escuelas.

La organizacion es bien sencilla. Los socios se dividen en instructores y protectores, es decir, los que trabajan personalmente en las escuelas, y los que las sostienen con sus recursos. La direccion está á cargo de una Junta Directiva de la asociacion, además de otra particular que cuida de cada escuela, en la cual hay precisamente un director espiritual. La instruccion es la adecuada á la clase obrera, formando parte principal la religion, como base segura de moralizacion.

En el dia existen en aquella capital cinco escuelas dominicales, cuyos nombres y número de alumnos son los siguientes:

Santa Madrona.....	85
S. Justo.....	85
Nuestra Señora de los Angeles.....	190
S. Francisco.....	85
S. Miguel del Puerto.....	70
	<hr/>
<i>Total</i> .....	515
	<hr/>

Este número es de esperar que se aumente, porque en aumento progresivo viene de año en año. Los ingresos de fondos en 1873 ascendian á 18.000 rs., y los gastos á 12.800; gasto que parece bien pequeño para cinco escuelas tan numerosas, pero que se explica por ser gratuito el servicio de los socios instructores.

A graves y agradables consideraciones se presta esta utilísima institucion. Merced á ella, 500 niños y jóvenes que vivirian en una ignorancia, tan indigna de la noble condicion del hombre y del cristiano, como peligrosa para ellos mismos y avocada á males mayores, no solo se ven redimidos de esa especie de servidumbre intelectual, instruyéndose en las nociones de la enseñanza, sino que lo son á la vez en los principios de religion, de moral, de deberes sociales y de todo lo que puede formar su espiritu, para poder soportar las penalidades de la vida y para saber resistir las propagandas de la impiedad, de la anarquía y de los fanatismos de diversos géneros.

Con palabras tan elocuentes como bien inspiradas desarrollaba esta idea el benemérito Presidente de la Asociación, D. Manuel Duran y Bas, que es uno de los principales iniciadores y sostenedores de las Escuelas dominicales, cuando en el discurso leído en la distribución de premios á sus alumnos, en el día 2 de febrero de este año (1874), decía lo siguiente:

«No hay solamente indigencia física, hay también indigencia moral. Contra su voluntad vive á menudo en ella el proletario; y el bien no lo practica muchas veces sino por instinto el hombre que desde su infancia ha empleado todas sus fuerzas en trabajos manuales. Por fortuna, si pertenece á una familia verdaderamente cristiana, el niño encuentra en la madre ó en la abuela un maestro amoroso, que le enseña á balbucear las oraciones en que aprende á pronunciar el nombre de Dios; le inculca las reglas de nuestras acciones, mandamientos de la voluntad divina, y le infiltra la moral por medio de las narraciones pintorescas de los cuentos populares: mas ni siempre es segura, ni con frecuencia completa, ni muchas veces sólida esta enseñanza. El error se mezcla á menudo con la verdad; en ocasiones se enseña la fe y se olvidan las prácticas; algunas veces hay tibieza en todo, en creencias, en prácticas, en afirmaciones de la fe, en austeridad de las costumbres; y en los días que corremos, para mal de las generaciones que empiezan la vida, hay no pocos hogares en que se ha aposentado la impiedad como huésped permanente.

»Puede por lo mismo asegurarse que no existe obra mas fecunda en resultados saludables que la de combatir la ignorancia. Es la caridad, entre todas las virtudes, la mas variada en dones; pero su don mas rico no es la limosna con que remedia el hambre, el asilo en que recoge al desvalido, la solicitud con que asiste al enfermo, el consuelo con que alienta en las aflicciones, la prodigalidad con que alivia en las calamidades públicas: el don mayor, mas duradero y mas provechoso es la enseñanza al que ignora. Porque no es solo la inteligencia la que se enriquece á cada nueva idea que se le comunica: nuestra torpeza en el obrar, nuestros errores en los juicios, nuestra torcida inclinacion en los hábitos, nuestra desidia, nuestras preocupaciones, nuestras antipatías se corrigen y desvanecen cuando penetran sanas ideas en la inteligencia. De forma que aumentar el caudal de las que sirven de alimento intelectual á las generaciones que se renuevan en las clases que viven del trabajo en tiendas y talleres, es, no solo ilustrarlas, sino mejorarlas; es, no solo corregirlas sino fortalecerlas; es elevarlas, no solo por la instrucción que ensancha los horizontes del saber, sino por la mora-

»lizacion, que permite atravesar con la esperanza los inconmensurables espacios á que van á vivir las almas cuando se desprenden de su cárcel terrena.

»Y este es el objeto principal de nuestra institucion; esto lo que señala su carácter y forma su espíritu. Obra de caridad en el mas lato sentido de la palabra es la Asociacion de las Escuelas dominicales.»

Denunciamos, pues, á la consideracion y á las simpatías de las personas de buenos sentimientos los distinguidos barceloneses que así emplean su tiempo, su inteligencia y sus recursos en bien del pueblo de quien son sus mejores amigos *con obras*, al paso que otros son sus falsos amigos *con palabras*.

Antonio Guerola.

## NECESIDAD DE AMAR.

---

Sí: necesidad de la criatura humana, natural, imperiosa, irresistible.

Pedid á la piedra que no busque su centro de gravedad; á la luz que no brille; al mar tempestuoso que no ruja; al fuego que no quemé; al aire que no mueva la hoja del árbol; pedid que las leyes de la naturaleza física dejen de ser leyes inmutables: tan imposible serán tales fenómenos, como imposible sería el querer desarraigar del corazon humano ese hermoso sentimiento con que nace, vive y muere.

Al venir al mundo, amamos por instinto á nuestra madre con santo y primer amor; al llegar la edad de la razon, se desarrolla el amor sublime hácia el Criador: niños, amamos á nuestros hermanos; jóvenes, á nuestros amigos; casados, á nuestras esposas; padres, á nuestros hijos; y jóvenes, viejos y en todas edades, á las personas que excitan nuestras simpatías, por misterioso é inesplicable atractivo.

Cuando llega nuestra última hora, echamos un adios de amor á los seres queridos que dejamos en la tierra, y una mirada de esperanza hácia el cielo, donde está el amor divino y perfecto.

Se puede amar y se ama hasta á los seres que ya no existen. La muerte, mirada con los ojos de una fe consoladora, es ausencia, no separacion eterna. Se ama el recuerdo y la memoria de los que fallecieron: las oraciones de sufragios son amor que les sigue mas allá de la tumba; y no nos creemos en viudez y orfandad absoluta cuando pensamos que Dios bondadoso permitirá á las almas de las per-

sonas queridas que desde la otra vida velen aún por los que quedamos en este valle de lágrimas.

El primer precepto del código divino, dado al hombre en el monte Sinaí, es amar á Dios y al prójimo. En este mandato parece que no se impone el amor; se presupone que existe y debe existir; lo que se hace es darle forma y marcarle límites de comparacion: á Dios, *sobre todas las cosas*; al prójimo, *como á nosotros mismos*.

Si, pues, la facultad afectiva es innata en el corazon humano, tarea estéril sería querer sofocarla y pretender que nuestra alma funcione automáticamente, estableciendo un divorcio imposible entre la cabeza que piensa y el corazon que siente.

Hay tambien un error en querer desnaturalizar el amor, presentándolo como pasion censurable siempre, y hacer de este sentimiento un afecto, que solo contenga grosero materialismo.

No: lo que Dios ha impreso en el corazon humano, no puede ser esencialmente malo é impuro, mientras el hombre no lo perverta.

Podrá abusarse de ese sentimiento. ¡De qué no se abusa!..... Entonces será un afecto vulgar, sin aureola de pureza, quizás un crimen, si llega á inspirar deseos perturbadores y acciones culpables; pero cuando esto sucede, depende de la malicia con que se vicia un sentimiento noble y puro en su origen primitivo.

El amor es esencialmente bueno, como que revela un buen corazon. ¿Hay nada mas santo que el amor á Dios? ¿Hay nada mas profundo que el amor maternal, siempre dispuesto á la abnegacion y al sacrificio?

Santa Teresa, aquella mujer sublime de tan gran corazon, decía: *¿Sabeis lo que es el infierno? Un lugar donde no se ama.*

San Paulino, aunque era Obispo y santo, he aquí en qué términos tan apasionados escribia á su maestro Ausonio.

«Durante todo el espacio de tiempo concedido á los mortales, en  
 »tanto que mi sér permanezca cautivo en este miserable cuerpo,  
 »cualquiera que sea la distancia que nos separe, en cualquier punto  
 »en que yo viva, te llevaré clavado en mi corazon, te veré con los  
 »ojos del alma, te abrazaré tiernamente en espíritu, porque donde  
 »quiera me estarás presente. Y cuando, libre de esta cárcel del cuerpo,  
 »po, alce mi vuelo desde la tierra, en cualquier region en que me  
 »coloque el Padre celestial, tambien allí te llevaré dentro de mi alma:  
 »ma: ni aun el último momento en que me desprenda de mi  
 »cuerpo, me arrancará la ternura que te profeso, porque el alma sobrevive á la materia, y tan imposible es que olvide como que  
 »perezca.»

Siendo pues tan inevitable el sentimiento del amor, lo que importa es la eleccion de objetos y el modo de quererlos, sobre todo en la primera edad, en que las impresiones son mas trascendentales para formar el espíritu en el porvenir de la vida.

Dad al niño amor á las cosas fútiles y se hará frívolo: aficionadle á su propio regalo y se hará egoista; ofrecedle prematuros alicientes de placer y se desarrollará en él la voluptuosidad ó el vicio.

Pero hay otra aficion que le ennoblecerá, que despertará todos sus buenos instintos, que le creará goces puros, y que llenará por de pronto sus aspiraciones afectivas: hacedle amar á los pobres.

La caridad es amor, decia San Juan, el discípulo de Jesus.

Infundid la caridad en los niños y ella los preparará á los sentimientos buenos y á las acciones generosas. Al amar á los pobres amarán á Dios, que fué pobre tambien cuando vino al mundo para redimirnos; á sus padres, porque son su apoyo y su esperanza; á sus semejantes todos, porque son sus hermanos; y á los que sufren, porque la compasion les atraerá hácia ellos. Dada esta direccion á las emociones afectuosas del hombre en su primera edad, aplicará en el resto de la vida esa misma vehemencia y pureza de sentimiento á todo lo que escite y merezca sus simpatías.

Un niño hermoso, elegantemente vestido, respirando animacion, contento y bienestar, halla en la calle una pobre mendiga, harapienta, triste, descarnada, moribunda quizás de hambre. Si el niño desvía de ella su vista con desden y sus pasos con repulsion, temed por el porvenir moral de ese niño. Pero si mira á la mendiga con tierno interés y le da socorro, si le tiene, ó compasion que siempre puede tenerla, esperad mucho de ese pequeño bienhechor. Será bueno; no lo dudeis.

De un corazon que quiere *bien y mucho*, puede siempre esperarse *mucho bien* para sí y para los demás.

¡Infelices los que lo duden!

¡Dichosos los que lo saben por esperiencia propia!

*Fausto.*

## LA CRUZ ROJA Y EL OBISPO DE SALAMANCA.

Varias veces se ha ocupado esta Revista de la injusticia y preocupacion con que algunas gentes juzgan á la Asociacion de la Cruz Roja, calificándola en muy diversos conceptos, todos erróneos y tan difíciles de comprender como imposibles de justificar.

Una de las personas, que, con laudable celo evangélico y con

criterio tan ilustrado como sinceramente católico, han salido á la defensa de la Cruz Roja, ha sido el dignísimo Sr. Obispo de Salamanca.

Ya en 25 de abril último publicó, como resolución á consultas que se le hicieron, un notable escrito, que desvanecía aquellos errores; y ahora en el Boletín Eclesiástico de su diócesis leemos un nuevo escrito del Sr. Obispo en forma de carta, dirigida al Secretario general de la Asamblea española de la Cruz Roja. En la imposibilidad de insertarla íntegra por falta de espacio, creemos oportuno copiar los párrafos mas interesantes, aunque todos lo son. Dice así.

«Cuando en julio del pasado 1873 se proclamó en esta ciudad el canton federal Salmantino, y se levantaron barricadas en sus calles, algunas personas ajenas á aquel movimiento, organizaron una seccion de la Asociacion de la Cruz Roja, cuya presidencia interina no tuve dificultad en aceptar, atendiendo al caritativo objeto que se proponia.

»Poco despues de este acontecimiento leí una impugnacion de dicha benéfica sociedad, y desde luego comprendí que el autor de aquellos escritos desconocia por completo la naturaleza é índole de la institucion que combatia. Partiendo de un falso supuesto, acumulaba reflexiones y juicios que para las personas ilustradas no hacian al caso y se desvanecian por sí mismos como ténue vapor, pero que desgraciadamente producian siniestros efectos en el vulgo de aquellos que no consideran ni meditan lo que leen. En confirmacion de sus asertos aducia el impugnador hechos concretos, alguno de los cuales trabajo le costaria probar. Sea, por ejemplo, el supuesto escándalo de Orleans, que sábiamente desmintió el ilustrado Monseñor Dupanloup, dignísimo Obispo de aquella diócesis, en una sentida carta que con este motivo dirigió al director del periódico parisien *L'Univers*.

»Así las cosas, en la segunda quincena de abril último recibí la mencionada consulta, y contristado al ver que por escritores católicos se malgastaba el talento y el tiempo en semejante cuestion y que esa polémica, tan intempestiva como apasionada, solo servia para extraviar la opinion de las personas timoratas y sencillas, creando dudas y escrúpulos en donde no debiera haberlos, consideré como providencial dicha consulta y la contesté en seguida, colocando á nuestra amada asociacion en su verdadero terreno. Empero como por el carácter que llevo de Prelado (aunque de todos el mas indigno) de la Santa Iglesia Católica, *sapientibus et insipientibus debitor sum*, con el fin de tranquilizar las conciencias de mis queridos hijos en el

Señor, los fieles de esta diócesis, mandé publicar mi contestacion en este Boletin oficial eclesiástico.

»Breve fue la carta que con este motivo escribí, porque la verdad, para ser puesta en claro, no necesita de muchos racionios y palabras; y me llena de santo gozo el saber que ha producido el deseado efecto, no tan solamente en esta provincia, sí que tambien en el resto de nuestra amadísima España, hondamente perturbada por domésticas discordias. Esto es lamentable.—Pero no seremos los miembros de la asociacion internacional de la Cruz Roja, así lo espero, los que aumentaremos el combustible para el incendio que amenaza convertir á nuestra hermosa, desgraciada y querida pátria en árido desierto, lleno de escombros y ruinas.—Hijos de la Iglesia católica y hermanos (aunque muy tibio el que estas líneas escribe) de la caridad, la practicaremos contra viento y marea con todos nuestros prójimos, sin distincion de matices políticos, y hasta con los disidentes, no rehusando el óbolo que estos últimos nos ofrezcan para socorrer á los desgraciados.—Los Obispos católicos, en Inglaterra y en los Estados-Unidos de América, reciben limosnas de los protestantes para edificar catedrales, iglesias, seminarios y asilos de beneficencia.—En las islas Británicas existe la célebre asociacion de la templanza para combatir el vicio de la embriaguez, cooperando á sus fines, católicos y protestantes, sin que los primeros falten á sus deberes, aceptando para tan buena obra el concurso de los segundos.

»Uno de los títulos con los cuales me considero, aunque inmerecidamente, muy honrado, es el de Presidente de honor *ad vitam* del Instituto de Africa; sociedad internacional fundada para la abolicion de la trata de negros y la esclavitud, cuyo centro principal existe en París. En el año de 1859 fuí invitado á formar parte del mismo como presidente de honor, cuyo título acepté con gratitud, por tratarse de una obra tan benéfica. Pues bien; en esta sociedad internacional, á la cual no se ha ocurrido á nadie, que yo sepa, confundir con la masonería y con la internacional de trabajadores, figuran personas de todas clases y naciones, prelados de la Iglesia Romana, eminencias católicas, presidentes de república, ministros y generales de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Turquía, de Grecia, títulos de Castilla, nobles italianos, etc.....: que bien merece la pena de que los amantes del verdadero progreso se interesen por la suerte y libertad de mas de siete millones de negros, que gimen aún bajo el peso de las cadenas de la esclavitud, y por la de muchos millones mas de negros libres, pero privados de los beneficios de la civilizacion cristiana.»

La verdad se abre siempre paso, mas pronto ó mas tarde, al través del error.

Creemos que las notables palabras del piadoso Obispo de Salamanca servirán para acabar de tranquilizar á los espíritus tímidos ú obcecados, que miran aún con injustificado recelo á esa sociedad cuyo único objeto consiste en una de las mas tiernas manifestaciones de la caridad, cual es la de dar socorro á los pobres militares heridos.

*La Redaccion.*

## ARBITRAGES INTERNACIONALES.

Casi al mismo tiempo que escribíamos en el núm. 104 de esta Revista el artículo titulado *Lo que hay detrás de la Cruz Roja*, en el cual indicábamos la idea de que las guerras debieran someterse previamente á un arbitraje internacional, se presentaba en la Cámara de representantes de Washington una proposicion en el mismo sentido. He aquí cómo da la noticia, en su número de 7 de agosto, la *Gaceta internacional*, periódico sensato y concienzudo, que se publica en Bruselas.

«En la Cámara de representantes de Washington se ha presentado últimamente una proposicion, que ha pasado á la comision de  
»Negocios estrangeros, para que en todo tratado que celebren los  
»Estados Unidos con cualquiera nacion, se ponga una cláusula estipulando que ninguna de las dos partes contratantes hará la guerra  
»á la otra sin someter antes el punto en cuestion á un arbitraje imparcial. Con este motivo el *Two Republics* recuerda que los Estados  
»Unidos han sido los primeros en proponer convenciones pacíficas  
»para resolver las dificultades internacionales, habiendo sido una  
»prueba patente de esto la convencion de Ginebra. Dice que esta  
»proposicion viene á desmentir la vulgar especie de que los Estados  
»Unidos buscan pretextos para invadir á Méjico, porque eso les atañe las manos para verificarlo. Lo cierto es que si esa proposicion se  
»aprueba y si imitan ese ejemplo otras naciones, las guerras internacionales habrán concluido, y el siglo XIX tendrá algo mas de  
»que alabarse. ¡Ojalá!»

Sinceramente nos asociamos á las generosas aspiraciones del periódico belga; y en efecto, si se realizasen, sería quizás el mayor timbre de gloria y de progreso, que haria famoso á nuestro siglo en la historia futura.

No desconfiamos de que esa idea vaya progresando: sería un

gran triunfo de la diplomacia honrada contra las soberbias pasiones guerreras. Ya tenemos algo iniciado en ese camino con motivo del congreso internacional, reunido actualmente en Bruselas para suavizar las guerras, de cuyas conferencias, que se llevan por ahora con gran secreto, pueden salir útiles resultados para la paz de las naciones.

Por lo demás es digna de observarse la circunstancia de que esas humanitarias gestiones vienen iniciadas por las dos mas poderosas naciones de América y de Europa, por los Estados-Unidos, república á la que con razon ó sin ella se atribuyen siempre tendencias invasoras, y por Rusia, imperio eminentemente militar, que debe la parte principal de su engrandecimiento á la fuerza de sus ejércitos y al espíritu de conquista que la anima, no solo en Europa sino principalmente en Asia.

Es tambien notable que esas dos naciones representan los polos mas opuestos respecto á instituciones políticas, la democracia y el absolutismo; lo cual demuestra la influencia que en todos los pueblos, sea cual fuere su organizacion, van adquiriendo los principios de verdadera civilizacion ilustrada y cristiana, los cuales, sin rebajar el mérito, que es grande, de los militares que se sacrifican en defensa de los intereses de su patria, condenan la sinrazon con que se llama razon convincente á la elocuencia absurda de los cañones en aquel famoso epígrafe de *«Ultima ratio regum»*.

Antonio Guerola.

## EL TIO DE AMERICA.

(Conclusion.)

La familia parecia consternada. Al ver la mesa puesta, Bruno se habia sentado, declarando que estaba muerto de hambre. De buen ó mal grado fué preciso servir la sopa de manzanas y el jamon, que ya estaban en la mesa; pero la viuda cerró el aparador, guardando lo demás.

Bruno, á quien Martin continuaba haciendo preguntas, contó entonces que habia recorrido veinte años los mares de la India bajo diversos pabellones, sin otra ganancia que su paga, la que gastaba en cuanto se la daban. En fin, despues de una hora de conversacion pareció evidente que la fortuna del tio de América consistia en un escelente humor y un buen apetito.

El desaliento fué general, pero se tradujo segun el carácter de

cada uno. Mientras no despertaba en Clemencia mas que sorpresa y un poco de melancolía, en Martin producía despecho y humillacion, y en su madre cólera. El cambio de disposiciones no tardó en hacerse ver. Como el mono había asustado á la niña chica, su abuela exigió que fuese relegado á una cuadra abandonada, y Martin declaró que el loro era insoportable porque había picado en el plato de su amo. Clemencia no dijo nada, y salió con Juliana para ocuparse de los cuidados de la casa, mientras que la viuda fué á tomar su ruela al cuarto contiguo.

Bruno se quedó solo con Martin, que trataba de dar apariencia de distraccion á su aire contrariado. Aquel puso el vaso sobre la mesa, tarareó silbando un instante, y despues, apoyando los dos codos sobre el mantel y mirando fijamente á su sobrino:

—¿Sabes, muchacho, dijo tranquilamente, que me parece que el viento viene del Nordeste en esta casa? Teneis todos un aire que enfria el corazon. Ninguno de vosotros me ha dirigido todavía una palabra benévola. No es así como debe recibirse á un pariente que hace veinte años que no se ha visto.

Martin respondió bastante bruscamente, que lo habían recibido como habían podido y que no dependia de ellos el darle mejor trato.

—Pero es que sí depende de vosotros el ponerme mejor cara y me la habeis puesto de vinagre..... En fin, no hablemos mas de eso, que no me gustan las riñas domésticas. Acuérdate de lo que ahora te digo: algun dia os arrepentireis de ello; no te digo mas.

Despues de hablar así, el marinero cortó otro trozo de jamon y empezó de nuevo á comer.

Martin al oír sus últimas palabras, concibió una sospecha.

—No tendria el tio Bruno ese aplomo y esa seguridad, pensó, si no poseyese, como dice, mas que el loro y el mono. Hemos sido juguete de un ardid; ha querido probarnos, pero le ha vendido la amenaza que me acaba de dirigir; es preciso sin perder tiempo reparar nuestra torpeza y atraérnosle.

Y corrió á buscar á su madre y á su hermana para participarles este descubrimiento. Las dos se apresuraron á volver al lado de Bruno, y los rostros que habían salido de aquella habitacion ceñudos y taciturnos, volvieron á ella expansivos y risueños. La viuda se escusó porque las atenciones de la casa la habían obligado á dejar á *este querido hermano*, y se admiró de no ver la mesa mejor servida.

—¿Donde está la torta? exclamó; ¿donde están las tortas y la crema que yo tenia guardadas para Bruno? Juliana, ¿en qué piensas? y tu, Clemencia, traed el cordero y ved si hay mostaza.

La joven obedeció, y cuando todo estuvo sobre la mesa, fué á sentarse enfrente del marinero. Este la miró con satisfaccion.

—¡Gracias á Dios! dijo, que veo una cara de verdadera parienta; al fin encuentro á la hija de mi pobre Jorge!

Y pasándole la mano por debajo de la barba:

—No creas que te conozco de hoy, pequeña, añadió; hace mucho tiempo que me hablan de ti.

—¿Quién? preguntó la joven con sorpresa.

Antes que el marinero respondiera, una voz breve y chillona pronunció su nombre. Clemencia volvió la cabeza y no vió á nadie.

—¡Ah! ¡Ah! ¿No sabes quién te llama? dijo el marinero riéndose.

—¡Clemencia! ¡Clemencia! repitió la misma voz.

—¡Es el loro! exclamó Martin.

—¡El loro! repitió la joven, ¿y quién le ha enseñado mi nombre?

—Alguno que no lo ha olvidado, respondió Bruno guiñando un ojo.

—Vos, tío mio.

—No, sobrina; un joven que ha nacido en Omonville.

—¡Marcos!

—Creo que ese es su nombre.

—¿Lo habeis visto?

—Algo hay de eso, por la sencilla razon de que he venido en el mismo buque en que él estaba embarcado.

—¿Ha vuelto?

—Con un capitalito que le permitirá establecerse sin necesitar de sus padres.

—¿Y os ha hablado?.....

—De ti, dijo el marino acabando el pensamiento de su sobrina, y con tanta frecuencia que Jack ha aprendido tu nombre, como ves.

Clemencia se puso de color de púrpura y la viuda no pudo contener un gesto de satisfaccion. El casamiento proyectado entre su hija y Marcos le habia halagado siempre y le habian causado un verdadero pesar los obstáculos que últimamente habia opuesto la familia del joven. Bruno les informó de que este se habia detenido en Dieppe por las formalidades necesarias para su desembarque y que probablemente llegaria al dia siguiente mas enamorado que nunca.

Esta noticia regocijó á todos y en particular á Clemencia, que abrazó á su tío con un verdadero trasporte de reconocimiento.

—¡Vamos! dijo Bruno estrechándola, ya somos amigos hasta la muerte, ¿verdad? Y para que no te aburras mientras no viene, te regalo mi loro, que te hablará de él.

La joven volvió á abrazar á su tío y estendió las dos manos hácia el loro, que saltó á uno de sus brazos diciendo: «Buenos dias, Clemencia.»

Todos se echaron á reir y Clemencia se llevó al pájaro besándolo.

—Acabas de hacer feliz á una muchacha, Bruno, dijo la viuda siguiendo á su hija con los ojos.

—Quisiera que no lo fuese ella sola, dijo Bruno con gravedad; á ti tambien, hermana, tengo algo que ofrecerte; pero temo remover en tu corazon un recuerdo triste.

—¡Se trata de mi hijo Didier! exclamó la viuda, con esa lucidez de comprension que tienen las madres.

—Has acertado, contestó Bruno. Cuando naufragó, estábamos separados, por desgracia..... Si Dios nos hubiera puesto en el mismo barco..... ¿Quién sabe?..... yo nado como un besugo y tal vez hubiera podido ayudarle como en el asunto del Tres-Puentes.

—En efecto, le habias salvado ya la vida una vez, exclamó la viuda renovando de repente un lejano recuerdo; no hubiera debido olvidarlo nunca, hermano.

Y tendió una mano al marinero; este la estrechó entre las suyas.

—¡Bah! eso no es nada, dijo con bondad; son servicios que se hacen siempre entre marinos; pero en la India no podia ser: cuando nuestro buque llegó, el suyo estaba ya en la costa hacia quince dias. Todo lo que he podido hacer ha sido averiguar dónde estaba enterrado y poner allí una cruz de bambú.

—¡Eso has hecho! exclamó la madre bañada en lágrimas; ¡oh! ¡gracias, Bruno! ¡gracias, hermano!

—No es eso todo, replicó el marino enterneciéndose á su pesar: supe que los tunantes de los indigenas habian vendido los despojos de los ahogados, y he buscado tanto y tan bien, que he encontrado al fin el relóx de mi sobrino, y vendiendo todo cuanto tenia de algun valor, lo he comprado y te lo traigo; aquí lo tienes.

Y diciendo esto enseñaba á la viuda un enorme relóx de plata, pendiente de un cabo embreado. La anciana se apoderó de él lanzando un grito y lo besó muchas veces. Todas las mujeres lloraban y hasta Martin parecia muy conmovido. En cuanto á Bruno, tosía é intentaba beber para ocultar su enternecimiento.

Cuando la viuda pudo hablar, estrechó en sus brazos al digno marino y le espresó con calor su agradecimiento. Todo su mal humor habia desaparecido; ya no recordaba las ideas que hasta entonces la habian preocupado; estaba únicamente penetrada de un inmenso reconocimiento por el don precioso que le recordaba un hijo que habia desaparecido tan desastrosamente.

La conversacion se hizo mas franca y mas amistosa. Las esplicaciones que con ella mediaron, no permitian que la familia se engañase sobre la verdadera posicion de Bruno: el *tio de América* volvia tan pobre como se habia ido. Al declarar á su sobrino que él y su familia se arrepentirian de su proceder, no habia pensado mas que en el remordimiento que debian tener mas pronto ó mas tarde, por haber rechazado á un buen pariente; lo demás era una induccion de Martin.

Aunque este descubrimiento destruia por completo las esperanzas de la madre y de los hijos, no cambió en nada su comportamiento. Bruno se habia ganado el corazon de los tres y le siguieron demostrando por cariño la benevolencia que le habian fingido por miras interesadas.

Acababa de levantarse de la mesa el honrado marino, cuando Martin, que habia salido un momento antes, volvió á entrar, preguntando á su tio si queria vender el mono.

—¿Rocambor? preguntó el marino; no, ciertamente; yo lo he criado, me obedece como un chico; es mi servidor, mi compañero: no lo daria ni por veinte veces lo que vale. Pero ¿quién quiere comprarlo?

—El señor Conde, dijo el joven; acaba de pasar por la calle, ha visto al mono y le ha gustado tanto, que me ha dicho que le ponga el precio que quiera y se lo lleve á su casa.

—Pues le puedes decir que no nos desprendemos de él, respondió Bruno llenando su pipa.

Martin hizo un gesto de contrariedad.

—¿Tengo desgracia! dijo; justamente el señor Conde habia recordado sus promesas y me habia dicho que si le conseguia el mono, nos arreglaríamos en seguida para darme la administracion de sus granjas.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡estaba hecha tu suerte! exclamó la viuda con acento de atliccion.

Bruno hizo que le esplicaran el caso.

—¿Con que tú esperabas, dijo despues de un momento de reflexion, que proporcionándole la adquisicion de Rocambor al Conde, obtendrias la colocacion que deseas?

—Estaba seguro de ello, contestó Martin.

—¿Pues bien! dijo bruscamente el marino, no vendo el mono, pero lo regalo. Ofréceselo á tu señor y seguramente él sabrá agradecer tu fineza.

Y diciendo esto, enjugaba disimuladamente con el revés de su mano una lágrima rebelde, que se obstinaba en rodar por su ruda mejilla.

Hubo un coro de gracias en aquel momento, y Bruno, para cortarlo, envió á Martin á casa del Conde con Rocambor, procurando ocultar la pena que le causaba esta separacion.

Martin fué muy bien recibido por el Conde, quien en el acto le concedió la colocacion que deseaba.

Es facil de comprender la alegría de la familia cuando el joven volvió trayendo esta fausta nueva. La viuda, queriendo espiar sus yerros, confesó entonces á su cuñado las esperanzas interesadas que su vuelta les habia hecho concebir. Bruno lanzó una carcajada.

—¡Pardiez! exclamó, ¡os he dado un buen chasco! Esperábais millones y no os he traído mas que dos animales inútiles.

—Os engañais, querido tío, dijo Clemencia con dulzura: nos habeis traído tres tesoros sin precio; porque gracias á vos mi madre tiene un recuerdo querido, mi hermano una buena posición y yo una gratísima esperanza.....

---

Y digo yo: ya veis, queridos lectores, cómo se pueden hacer buenas obras sin ser rico. Si es cierto que un solo vaso de agua dado al pobre, será premiado en el reino celestial, es indudable que hallará su recompensa el placer sacrificado á la dicha de nuestros semejantes.

*Emilio Souvestre.*

(Traducido por Doña P. T. y M.)

## LA MUERTE.

---

¿Quieres morir? A un ángel que nacia  
 La muerte preguntó,  
 Y el ángel, que ya ufano sonreia,  
 Que ¡no! le contestó.

---

¿Quieres morir? al joven mas penoso  
 La muerte preguntó,  
 Y el joven con acento pavoroso  
 Que ¡no! le contestó.

---

¿Quieres morir? á un infeliz anciano  
 La muerte preguntó,  
 Y estando de la tumba tan cercano,  
 Que ¡no! le contestó.

---

No hay ninguno en el mundo que me quiera,  
 La muerte murmuró;  
 ¡No saben los ingratos á qué esfera  
 Puedo llevarlos yo!

(*Del Correo de Andalucía.*)